

PINTADO

EN LA PARED

Jorge López Medel\*

*Para Federico Gabriel*

|

**L**a mojigata población cordobesa fue testigo de la vida y milagros de la mulata, desde que llegó, aún niña, hasta que se fue, ya mujer hecha y derecha, y de pelo en pecho. La figaban al salir temprano de su casa en el oriente por las vecindades del río San Antonio, la parte baja y pobre de la ciudad, y pasar algunas veces por el mercado Revolución para comprar semillas, raíces y yerbas rumbo a su tienda de productos naturistas ubicada en el centro, a cuatro cuadras del zócalo, el parqucito que con su kiosko, palmeras, flamboyanes y matas de tulipán y huela de noche era el corazón de las actividades provincianas. Agil pantera de ébano y dientes

\* Área de Literatura, Universidad Autónoma Metropolitana–Azcapotzalco.

marfilinos, trepaba con sus bolsas cargadas por empinadas calles de piedrecitas ahuevadas y antiguos tramos de escalera, sin usar los pasamanos tubulares. Gustaba de vestidos en seda con colores vivos y contrastantes: rojos, naranjas y amarillos, rosas y azules, morados y verdes untados a senos, caderas, muslos, y bien torneadas piernas. Chaparrón de achocolatados tirabuzones sueltos hasta media espalda. Guapa cara café con rasgos africanos, indígenas y europeos comulgando en perfecta fusión: grandes ojos verdiamarillos de gata en brama; fina nariz corta, y jugosa boca bugambilia, generosa y sensual. Atractivo exótico tan diferente que sin importar clase social despertó siempre críticas envidiosas de mujeres y lujuriosas miradas masculinas. ¡Qué buena estás, mamá!

A pesar de ser fuereña y de origen humilde, llegó a ser bastante conocida en esa cafetalera ciudad semitropical y aunque con el tiempo la población llegó a considerarla parte del folklore citadino, esas mismas personas nunca le permitieron olvidar que no eran iguales. De la misma manera, la Moya Uscanga, conciente de las diferencias, mas que sufrirlas, las disfrutaba. En las Lomas de Huilango, lugar de huilas, el otro nombre por el que la ciudad era conocida, las clases sociales eran definidas mas no impenetrables, la clase alta se determinaba de acuerdo al abolengo de las familias a través de varias generaciones o al dinero, que permitía a una familia ser aceptable si tenía mucho más que suficiente. Nunca pudo entender los modos e ideas de esa gente pero aun así llegó a ser feliz en ese lugar, tenía lo necesario para serlo: hechicera belleza sensual, inteligencia sagaz, y espíritu ambicioso, atributos que le permitieron sortear cuanta dificultad se le presentó. Del lugar le gustaba el clima, sobre todo en mayo cuando los calores le hacían recordar el trópico de donde venía; sus parques y jardines, de donde robaba tulipanes y gardenias para ornamentar el marco de su rostro; las

montañas siempre verdes que rodeaban la población, y la vegetación exuberante que se avorazaba sobre cualquier trozo de tierra virgen. Siempre le molestó un poco que hubiera una sola época de lluvias y que ésta durara todo el año. Le fastidiaba mucho que la gente fuera tan mocha y tan espantada a pesar de permitirse hacer lo que criticaban a escondidas.

Poco se sabía de su vida anterior pero llegó a contar a una que otra persona de sus confianzas que su mamá era originaria de San Andrés Tuxtla, ciudad del sur del Estado; la Moya, o sea ella, de Catemaco, un pueblo a orillas de una laguna cercana a San Andrés; y su papá, de Alvarado, pueblo costero próximo al Puerto de Veracruz en el que el vocabulario fuerte y soez caracteriza a sus habitantes y presumía la Moya que de ahí le venía lo mal hablada. Callaba: Que San Andrés Tuxtla y Catemaco eran la tierra de la hechicería por excelencia. Sí llegó a relatar: Que su madre la había llevado muy jovencita a trabajar como sirvienta en la casa de una familia adinerada en el Fraccionamiento San José. Se jactaba de haber terminado su primaria en el turno vespertino de la Carlos A. Carrillo. Y agregaba que como para bien o para mal se había hecho mujer demasiado pronto, a los doce años, primero el esposo de su patrona y después el segundo de sus hijos abusaron de ella. El señor siempre la trató bien pero cuando la señora estuvo en el sanatorio por el nacimiento de su último hijo, convertido en sátiro de repente, ese señor se le había ido a meter al cuarto una media noche y a pesar de sus gritos, patadas y arañazos la había hecho suya. Algunos años después, Paco, casi de su misma edad, también la había poseído una tarde en que los señores se habían ido al cine y no se encontraba nadie más en casa. Con Paco sí le había gustado y con él lo siguió haciendo hasta que se le fue a estudiar al Tecnológico de Monterrey; y aunque continuaba yendo a la casa en vacaciones, ahora siempre llevaba con él a un amigo. Una vez se le fueron a

meter los dos a media noche y tuvo que aceptar al otro para poder estar con Paco. Lloró cuando salieron del cuarto al darse cuenta que el joven nunca la había querido. Después Paco se hizo de novia, heredera de dos hoteles grandes, con la que se cerraba en su cuarto las tardes de los domingos en que su familia salía, y dejó de asediar a la Moya. Fue en esa época cuando llegó Pancho a pintar y hacer unos trabajos de albañilería en la casa de los señores.

Un fin de semana en que la señora de la casa le acababa de rayar a Pancho, ésta le dijo a la Moya: Mija, cuando pienses en casarte, fíjate bien con quién lo haces, ojalá sea alguien como Pancho: trabajador, responsable, y que además gana bien. Como Pancho ya le había hablado de amores, la recomendación de la señora era bien intencionada, y en el alma de la Moya se gestaba ya el germen de la ambición, a la semana lo aceptó como novio y a los tres meses se fue a vivir con él.

Pancho, quien cuando no tenía encargos de pintura trabajaba en una ebanistería, iba al Gimnasio Cordobés a hacer pesas, por lo que tenía un cuerpo ancho y fuerte. La conquistó porque además de ganar bien, la esperaba en la esquina de la casa todos los domingos por la tarde, muy bañado, con su piel tierra reluciente y olorosa a colonia de azahar, y su pelo chapopote liso, echado hacia atrás por virtud de la brillantina sólida. A sus camisas y camisetas de colores brillantes, ajustadas para presumir el tórax, les enrollaba las mangas hasta arriba para mostrar biceps y triceps. Esas tardes la llevaba a dar vueltas y platicar al parquecito de San José, y en los puestos tipo kermesse, que sólo ese día ponía el padre Lupe con ayuda de damas leonas para recaudar fondos para obras parroquiales, le compraba pambazos –unos blancos panes enharinados, rellenos de frijoles refritos con chorizo, queso, rajas en vinagre, lechuga y rabanitos–; algodones de dulce, y refrescos jarochitos de naranja. La Moya quien

acostumbrada a servir a los demás se encontraba feliz con tales atenciones porque en toda su triste vida nadie la había hecho jamás sentirse importante; al cabo de unas semanas empezó a ilusionarse con la idea del amor. A medida que crecía su sentir por Pancho, empezó a hartarse de la recién adquirida arrogancia de Paco y que tantas personas le dieran órdenes en la casa donde trabajaba, ya no sólo los patrones sino hasta los escuincles.

Una de esas tardes de domingo, en vez de ir a dar vueltas a San José, fueron al cine y como no encontraron lugar tuvieron que quedarse parados en la parte trasera de luneta. Pancho recargado en la pared la rodeó con sus brazos y la Moya arrellanada se dejó hacer. El roce de sus cuerpos empezó a alimentar una pasión que fue tornándose incontenible. Besos en el cuello y manos deslizantes por talle, senos y nalgas, en caricias estrujantes, la mojaron. Después de restregarse contra las caderas de su novia hasta alcanzar el clímax, Pancho sintió un ligero placer malsano, puesto que en tanto él había satisfecho a su demonio interno; el de ella, hambriento, ardía y maullaba en un infierno de frustración. Frente a ellos, Sasha Montenegro y Jorge Rivero, con reflectores sobre la cama, hacían un amor acartonado, cuidando su fotogenia y cubiertos hasta la cintura en una habitación en penumbras. El desasosiego de la Moya que trataba de volver a inquietar a Pancho, llamó la atención de un policía, quien después de reprenderlos los acompañó a la calle. Apenados y sin hablar, ambos sabían lo que iban a hacer. Así es que Pancho la condujo a un hotelito por el mercado y ahí se entregaron a su vorágine durante horas, olvidándose de lo demás. Cuando finalmente cayeron exhaustos, los primeros rayos mañaneros ya arañaban paredes y ventanas de edificios cordobeses.

La mulata llegó a casa de sus patrones el lunes a la una de la tarde. Apenada y nerviosa le sorprendía que todavía estuviera

puesto el candado en la reja del jardincito. Tocó el timbre y esperó impaciente tratádo de encontrar qué decir cuando la señora, en bata larga y pantuflas y con el cabello platinado de raíces negras en desorden, salió por la puerta del porche y le espetó:

— Dime Moya si éstas son horas de llegar, ¿pues de dónde vienes?

— ¡Ay señora!, es que . . .

— Es que . . . no hay excusas que valgan. Te recibí con gusto hace muchos años porque eras buena niña y te portabas bien, pero con esas pintas que llevas ya no te quiero aquí en la casa. Te he pasado todo, que me quebraras cosas caras que nunca te desconté, le cortaras las mejores rosas y tulipanes a mis matas para andártelos poniendo en el pelo; y que a escondidas te comieras desde mis pistaches hasta la cajeta de los niños, pero esto ha sido demasiado —mientras decía esto se había acercado a la reja y estaba quitando el candado—. Entra por tus chivas y te me largas de una buena vez con el pelado que dormiste anoche. Esta es una casa decente, no un burdel.

La Moya, quien siempre se resistió a ser humillada la veía con ojos retadores al entrar garbosa hasta su cuarto a recoger sus cosas. La mujer la siguió para continuar un ataque despiadado:

— No es posible que con los ejemplos que has recibido aquí e n la casa te comportes como una cualquiera. Si tu madre supiera la clase de fichita —que . . .

— ¡Basta por favor, señora! No le permito que me siga ofendiendo.

— Y te atreves a callarme, desagradecida, eso es lo que eres. Después de que gracias a mí terminaste la primaria . . .

— El cacareo de siempre.

— ¡Cállate, cínica!, si vergüenza tuvieras . . .

— Pues aunque no lo crea, sí tengo vergüenza.

— Una palabra más y no te pago ni los días que alcanzas de este mes, ¡igualada!

— Me vale. Si viera el gusto que me da irme de esta casa . . .

— Ora no te vas, ¡fíjate! Orita mismo voy a cerrar la reja y de aquí no sales hasta que venga tu madre por tí. Ella te trajo y sólo con ella te puedes ir. Después de todo, por eso te pago.

— ¡Una chingada!, no estoy vendida: Me voy porque me voy y ponga su dinero a trabajar a ver si le hace lo que yo. No me pague, haga un rollito con el dinero que me queda a deber y déle el uso que más falta le haga — llorando rabiosa fue hacia el jardín con paso firme y abrió violenta la reja descarapelada para salir de la casa donde se había hecho mujer, dio vuelta con su cargamento en la tienda de abarrotes y se despidió de la vida de sirvienta para siempre. La señora temblaba encolerizada, ahorcando el respaldo de un sillón del porche y gritándole a sus hijos que fueran por el gendarme de la esquina para que se llevara presa a esa gata. Con sendas cajas de cartón en las manos y sus ilusiones de diecisiete años, la mulata llegó a la casa que Pancho compartía con su hermano y su cuñada. Ahí vivieron un tiempo; después se independizaron.

Durante los tres primeros años, la felicidad llovió en sus vidas. Sus cuerpos bellos y jóvenes mantenían la pasión encendida; y atenciones y detalles mutuos, el romance andando. Pancho había incrementado sus entradas de dinero, pintaba casas con ayudantes, en su tiempo libre iba a la ebanistería, y empezó a vender productos naturistas y cápsulas que hacían crecer los músculos milagrosamente de la noche a la mañana a sus compañeros del gimnasio. Le iba tan bien en este negocio que comenzó a comprar directamente de los fabricantes en la ciudad de México. Con el tiempo obtuvo concesiones en la venta de varios productos naturistas que garantizaban una salud mejor y esto lo animó a rentar un pequeño local de cuatro metros cua-

drados y sin baño en una calle entre el centro y el mercado y una bodeguita dos cuadras más abajo. Por este negocio dejó todo lo demás y se dedicó de lleno a la tiendita en la que trabajaban los dos, él y la mulata. Les iba bien: Compraron televisión, un carrito Datsun de segunda mano; y pusieron teléfono en su casa y en el negocio.

Los problemas empezaron cuando Pancho, considerando que la ebanistería era buen negocio sólo cuando se es propietario, decidió poner la suya propia y dejó que ella sola manejara la tienda. Por no verse ya durante las horas de trabajo y saberla deseada por cuanto hombre la vislumbrara, los celos empezaron a enraizar en el alma de Pancho, tal vez por causas justificadas. Se presentaba en la tienda a horas imprevistas para descubrirla en algo indebido; y cuestionaba de dónde salían todas las cosas nuevas que ella lucía: aretes de oro, la bolsa importada, zapatos de piel de cocodrilo, vestidos nuevos o perfumes caros. Aunque llevaba un control riguroso de las ventas nunca pudo caerle en un mal manejo. Ella lo veía con disimulo revisar las cuentas una y otra vez y sonreía por dentro. Simplemente doy las cosas más caras cuando se deja el cliente y con esos ahorros me doy mis gustos, Pancho —le explicaba.

Una medio día, reunido Pancho con tres amigos para beber cerveza, escuchó varios cuentos de maridos engañados, y sintiendo que la sangre le hervía, pagó la cuenta y se fue bufando, toro embravecido, al negocio. La Moya acomodaba unas mercancías cuando lo oyó a sus espaldas. Ahora me vas a decir, hija de la chingada, quién te da todo lo que estrenas. Borracho, cayéndose, despeinado y en jarras, la miraba desde el quicio de la puerta, con su fuerte silueta magistral recortándose contra la tarde soleada a sus espaldas. Ella también se puso bronca para defenderse y comenzó un intercambio de groserías y amenazas tan fuertes que tuvieron que cerrar la tienda. A pesar de que los



ánimos se calmaron un poco antes de salir del negocio, la discusión continuó al llegar a su casa. Pancho, nuevamente encolerizado, gritó: A mí no me vas a hacer guaje, Moya, dime con quién andas. No sé qué güey te está dando todas esas cosas finas pero ya me dí cuenta que no salen de la tienda.

Oyes Pancho, si así van a seguir las cosas, pos yo me voy por mi lado y asunto arreglado. No eres mi papá pa que me grites y, por otro lado, ni siquiera estamos casados. Así es que si no te gusta pos, cada araña por su hebra. Sin poder contenerse, la cogió con ambas manos por los cabellos y la arrastró hasta un rincón de la sala donde le empezó a pegar enfurecido. Tú a mí, cabrona, no me vas a a dejar así como así, no soy tu burla ni tu juguete. ¡No estoy pintado en la pared, no estoy pintado en la pared! La golpeaba iracundo; y continuó haciéndolo hasta que no pudo más. Tirada en un rincón de la sala, la mulata sollozaba y, sosteniéndose en el piso con el brazo derecho, la sangre que escurría de boca y nariz la limpiaba con el dorso de su mano izquierda, conciente que de responderle sólo lograría exaltarla más. En actitud vencida, permaneció inmóvil, hipnotizada en el suelo. Pancho volvió de su locura repentinamente y percatándose de su crueldad, se arrepintió. Perdóname Moya, soy un pendejo, tú eres mi vida, lo que más quiero en este mundo. Quisiera cortarme estas manos que te han golpeado, pero debes entender que como soy tan bruto me puse celoso, perdóname, prefiero la muerte a vivir sin ti. Cayó de rodillas ante ella, besaba sus manos, cabeza, rostro y terminó llorando, abrazándola. La Moya se dejó estrechar sin oponer resistencia.

Tres días después Pancho enfermó de cólicos. La Moya le dió primero unas infusiones de yerbas y al ver que a pesar de sus tratamientos no se componía, fue a ver a don Pascual, de la farmacia El Aguila, quien le mandó a Pancho una purga de magnesia. Como después de una semana Pancho no se aliviaba, la

Moya decidió avisarle al hermano. Este, alarmado, llevó inmediatamente a un doctor pero ya era demasiado tarde, cuando llegaron, Pancho estaba muerto. El médico especuló que el deceso se debía a una apendicitis mal atendida.

De ahí en adelante la vida de la Moya cambió radicalmente. Fue entonces cuando empezó a ser conocida por toda la gente de la localidad y cuando empezaron las habladurías. Ella conservó el negocio y al crecer éste, al cabo de un tiempo lo mudó a un local mayor, en la contraesquina noroeste del parque, donde antes estaba la paletería La Flor de Michoacán. Allí no sólo vendía productos del país sino hasta importados; y su campo se amplió a la venta de cristales, cuarzos y piedras con poderes mágicos de Africa y Brasil, colibríes secos para penas de amor, velas de diversas esencias y colores para invocar espíritus y amuletos de todos tipos que prometían cumplir cualquier deseo insatisfecho. Tenía entonces dos empleados, una muchachita y un joven con quien algunas veces iba por la mercancía a México.

Una de las razones por las que se hizo tan conocida fue que empezó a vender una combinación de yerbas para infusión que ella llamaba *Té de Catemaco* con la que la gente adelgazaba de una manera milagrosa. Las personas que tomaban la infusión en ayunas por la mañana y como último alimento antes de acostarse perdían peso de una manera sorprendente y se mantenían en un estado óptimo de salud. Las primeras en darse cuenta de las virtudes del té fueron unas señoras jóvenes de sociedad que atendían, en sus ratos libres, que eran muchos, una escuela femenina de aerobics. Después fueron los muchachos de la escuela de artes marciales donde se practicaba judo, karate, y tai kwan do. Más después, una familia que vendía pan negro y de trigo integral empezó a revolver las yerbas del té en la masa del pan para aquellos que no gustaban el sabor de la infusión. Cuando

toda la población decidió ser más sana y adelgazar, Córdoba se volvió un lugar de gente esbelta y saludable. Con el transcurso del tiempo, los clientes llegaron de otros lugares, primero de poblaciones circunvecinas: Fortín de las Flores, Yanga, Cuitláhuac, Orizaba y Huatusco; después de otras más lejanas: Xalapa, Veracruz, Puebla, y hasta del mismo Distrito Federal y otros puntos del país e incluso del extranjero. Le llegaban ofertas para comercializar su producto, pero la Moya siempre se resistió a revelar el secreto de la fascinante combinación de yerbas. Esta mezcla mágica es un secreto heredado de mi bisabuela que a su vez lo recibió de la suya y aunque todos los que me compren el té lo pueden tomar, nadie puede saber jamás los ingredientes que contiene. Y se sonreía a sí misma.

La otra razón por la que la gente hablaba tanto de ella fue el abanico de especulaciones que empezaron a surgir con respecto a su vida amorosa. Tratándose de una mujer tan atractiva y sin marido o compromiso conocido, los chismes comenzaron a involucrar tanto a señorones como a sus juniors y hasta a algunas damas que parecían visitar su tienda con demasiada frecuencia. Que si andaba con don Ricardo Falcón, el de la arrocería; con don Rodrigo Pardueles, del beneficio de café; con Marcelo de la Rocha, de la galletera y fábrica de aceites; que si se iba a México con la esposa de Paco Elías, y ¿quién sabe que habrían ido a hacer por allá o, incluso, que si permitía visitas rápidas a cualquiera de los que en las noches se encontraban en los portales jugando dominó, tomando el delicioso café de la localidad o bebiendo rica cerveza orizabeña y que dejaban sus carros estacionados alrededor del parque.

También se rumoraba que algunas veces no la veían salir de su negocio en la noche, pero que por una de las ventanas brincaba a la calle una enorme gata negra de largo pelo erizado con verdiamarillos ojos fluorescentes que vagaba en el parque por

un rato y después se le podía ver por varios puntos de la ciudad, a veces al mismo tiempo, siempre atravesando las calles a la carrera como si estuviera persiguiendo o huyendo de algo y que, obviamente, era de mal agüero para los que la veían.

Todos estas habladurías dejaron de circular el día en que murió la esposa de don Rodrigo Pardueles, del beneficio de café; entonces se concentraron en una sola. Al principio, la historia fue sólo un rumor que creció poco a poco con los chismes, un río que se hizo caudaloso hasta desbordar el dique. Doña Griselda Mendiola de Pardueles murió en cosa de tres días debido a un extraño dolor que posteriormente los doctores, sin examinarla debidamente, calificaron como peritonitis. Una semana después del entierro, los parientes políticos de don Rodrigo Pardueles y la mayor de sus hijas solicitaron al Ministerio Público la exhumación del cuerpo de la occisa y su autopsia. Los periódicos locales, *El Mundo* y *El Sol del Centro*, no publicaron ninguna nota al respecto; las malas lenguas decían que a los familiares de doña Griselda les había costado mucho trabajo, dinero e influencias conseguir la exhumación porque don Rodrigo también había repartido mucho dinero desde con el agente del Ministerio Público encargado del caso, hasta con el mismísimo Procurador de Justicia del Estado. Después de realizarse la exhumación y la autopsia, se encontró que doña Griselda había muerto por un extraño caso de envenenamiento; y una vez que se demostró que era cliente en la tienda de la Moya y que tomaba la famosa infusión, la noticia se hizo pública y corrió cual reguero de pólvora encendida. La mulata fue llevada a declarar y después de ciertas averiguaciones, se le encarceló como presunta responsable en la muerte de la señora Pardueles. Aunque los periódicos fueron muy discretos y no hubo alusión alguna al nombre de don Rodrigo como culpable indirecto, el escándalo se hizo mayúsculo; y todos aquellos que todavía tenían en casa el Té de Catemaco

dejaron de tomarlo, nadie quería morir. Lo demás, por trillado, resulta un tanto ocioso de contar.



Jacinto Hernández, hermano de Tancredo, Tacho, el carcelero, después de mucha insistencia y bajo promesa de recibir fuerte cantidad de dinero, acepta hablar con Alberto Silverman, reportero del *Excelsior* empeñado en obtener versión exclusiva de los hechos para darla a conocer al país entero, consumidor del popular Té de Catemaco, al cual ha trascendido la noticia. Señor, no sé qué más puedo contarle de lo que se ha hablado hasta el cansancio. Sí, han dicho: Que a mi hermano Tacho don Rodrigo le dio mucha lana pa que dejara escapar a la mulata, pero yo le juro que no es cierto; don Rodrigo se la llevó pa México a una casa y la va a ver seguido; hasta hay quienes dicen haberlos visto salir de un teatro que se llama el Blanquita una noche del mes pasado. Si usted supiera todo lo que he hablado con Tacho pa hacerlo entrar en razón, pero nadie lo saca de lo que ha dicho una y otra vez. Ni siquiera el padre Antonio, que también se cansó de tanto discutir con él, pudo convencerlo. Han dicho que don Rodrigo le dió un chingo de lana pa que se callara, pero si fuera cierto, después de lo que le han hecho, ¿no cree que ya hubiera confesado? Mire, aquí entre nos, le han dado mucho martirio pa que diga la verdá, lo han colgado de los dedos, lo han apaleado y le han dado toques en los güevos, con el perdón de usted. Muchos dicen que está loco y que ya ni se lo van a llevar al reclusorio de Perote sino al manicomio. A mí, no me dejan hablar con él pa que no vea como está de golpeado. Su mujer no tiene dinero, sacó a sus dos hijos de la escuela pa que la ayuden

y los chamacos andan de mozos y lavando coches. Si fuera cierto lo que la gente dice, ¿no cree que don Rodrigo les hubiera dado algo a mi cuñada y sus hijos? Yo fui a querer hablar con él, con don Rodrigo, pa que los ayudara y ni siquiera me quiso recibir. Ya no sé qué hacer, este dinero que usté me va a dar se lo voy a dar a Juana, mi cuñada, que también se cansó ya de intentar convencer a Tacho pa que diga la verdá, pa que no lo martiricen más. Pero él sigue en lo mismo que usté sabe. Que la bruja mulata esa, la tal Moya, le pidió un pedazo de carbón tirado en el suelo, y él se lo dio por entre los barrotes quesque porque le dio lástima y que entons, ella se puso a dibujar en la pared las olas del mar, luego hizo un barco arriba de las olas y dijo: En este barco, Tacho, me voy a ir. Luego brincó al barco que se fue con ella arriba; y Tacho los veía, al barco y a ella, irse pa dentro de la pared y hacerse cada vez más y más chiquitos, chiquititos; y ella siguió diciendo adiós hasta desaparecer; y si usté pide permiso para entrar a la cárcel, podrá ver la pared de esa maldita celda. Pero el barco ya no está; sólo están pintadas solitas unas pinches olas negras; sí, ahí'stán . . . pero el barco ya no, ¡ya no está pintado en en la pared; no está pintado en en la pared! –repite sollozando y golpeándose una rodilla con el puño cerrado. Y ora yo le pregunto a usté –impotente y con los ojos anegados en lágrimas, Jacinto mira fijamente al periodista–: ¿A mi pobre carnal, quién chingao le va a creer la jalada esa?